

Autor: Alfredo Antonio Martella

Institución: UBA

El eco de la diferencia en *Bartleby, el escribiente* de Herman Melville

Bartleby aparece en una escena burocrática, donde la característica es lo acostumbrado, para hacer resonar un eco diferente: una frase, una oración que habla y en su escucha se oyen, además de sílabas, un misterio. Es recibido por un abogado, una persona poseedora de un saber y de un conocimiento que lo vuelve cómodo en su cotidianeidad. Cómodo, diríamos, porque no vive el apuro burocrático en el cual se ve sumergido. El abogado es la voz que narra, y leemos el relato desde este personaje. Piensa mediante certezas, mediante un mecanismo racional expresado en un lenguaje locuaz. Ahora bien, entre ellos dos hay una relación simbiótica: quien narra se ve envuelto en una resonante incompletitud y hace que uno no existiera sin el otro, a pesar de su completa diferencia.

Quien narra encarna a un hombre racional que actúa en consecuencia de cerrar la realidad en sí mismo. Ese cerrar, es la comprensión que el hombre toma de sí. Podríamos decir que el abogado es la representación de un modo de pensar del hombre moderno. El narrador reflexiona, vuelve a sí. Deja de estar frente a lo simbólico, frente a una verdad que esté separada de todo. El cómo –esto es el método, la manera de entender lo objetivo- puede encontrar la verdad de sí mismo: es el pensamiento. La cuña entre la razón y lo sensible, la cuña cartesiana que fue el germen del hombre moderno: el saber de sí mismo, parece ensalzarse con el abogado: es un hombre que posee sus valores y se demuestra tal cual es, actuando en consecuencia. La realidad que ve, que vive pasa a ser una construcción mental dado que sabe cómo comprenderla. La reflexión, el volver a reflejarse a sí mismo, da nómina a su conciencia propia y el abogado será el portador o portavoz de la razón, de la narración. Ante ello, lo otro, lo de afuera, lo que debe encajar en el filtro de la razón o al menos poder definir y categorizar a las cosas. Esto es: la imposibilidad del misterio para hablar de un objeto, de lo exterior. Sin embargo: “De otros copistas yo podría escribir biografías completas; nada semejante puede hacerse con Bartleby”¹, dirá nuestro narrador. Quien narra pasa a ser el lugar, la voz, donde se apoya lo demás, y mediante ese sostén, ese estar por debajo de las cosas, buscar el fundamento, lo que sostiene, racionalmente, mediante definiciones, es tarea cotidiana del abogado. Reiterando: su cómoda tarea no es ni más ni menos que encontrar el punto de apoyo, lo que fundamenta: el origen. Desde aquí se apoya todo. Nuestro narrador al ser dueño de la razón, si lo real tiene que tener certeza, debe ser racional y esto conlleva a la disposición del todo separándose de sí. Manipular

¹ Melville, Herman *Bartleby the Scribener*, The Piazza Tales, New York, 1856. Traducido por Jorge Luis Borges: “Bartleby, el escribiente”, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985. p. 233.

y controlar la realidad es la aspiración, ya que mediante leyes racionales el mito del progreso se funda. Así es el funcionamiento del abogado. Convive con lo apropiado, y con ello se afirma su saber. Conoce la gente con la que trabaja, el oficio que hace, y es imposible que haya misterio. Bartleby, este hombre que no puede ser definido, ni clasificado, provoca en el narrador: el encuentro con la diferencia, la sensación de no poder definir, la apertura de un misterio, y el miedo, ¿por qué no?, de verse incompleto en su sistema de captación de las cosas. Porque la realidad que se vive en Wall Street es razonable, un todo razonable, y lo es por poderlo descomponer en algo claro y distinto, para luego acumular. Acumulación que siempre es material: o bien de un pensamiento calculante o bien de base de una situación económica. Dando con esto, que la cantidad prevalezca a la cualidad.

Si frente al narrador está todo lo que él dispone, frente a sí está todo ente del cual dispone; ese disponer que se sitúa en lo cerrado, en un lugar vacío para que se escuche un eco. Lo abierto (ese milagro del brotar de las cosas) es la imagen del misterioso: de Bartleby. Esto es: Bartleby no representa a un modelo de hombres en tanto categoría, ya que es una sola característica: un misterio, representa más bien, que cada participante de la especie humana tiene una apertura al pensar y, al mismo tiempo, a la incompletitud de ese pensar. La oficina con su particular verdad y principio y saber, es la imagen que el abogado se presenta del mundo. Mundo como imagen. Un lugar donde se instala nuestro narrador para disponer: la oficina. Sin embargo, esta oficina da, alimenta y vincula; y ante ese flujo relacional, la cotidianeidad no debe calcularse y llegar a la completitud de saberes de ese mundo, sino estar preparado para recibir, para meditar en lo repetido. El abogado cerró la apertura al mundo. Cerró separándose siempre de lo otro. De esta manera, no hay recepción –el hecho de estar preparado para recibir– porque la manera de pensar adoptada dentro de la oficina que un sujeto –sus ayudantes, sin ir más lejos– se vuelvan su objetos –el abogado sabe bien cómo ejecutan su labor. Y es de quien leemos, que encerrado entre paredes escucha una diferencia: las paredes que encerraban la cotidiana escena. El tener en frente lo cerrado, lo que no está abierto, porque dentro de esas paredes está todo lo que se ve claro y distinto, cambia con la llegada de Bartleby. Así nos lo cuenta el abogado: “coloqué su escritorio junto a una ventanita, en ese costado del cuarto que originariamente daba a algunos patios traseros y muros de ladrillos, pero que ahora, debido a posteriores construcciones, aunque daba alguna luz no tenía vista alguna. A tres pies de los vidrios había una pared, y la luz bajaba de muy arriba, entre dos altos edificios, como desde una pequeña abertura en una cúpula.”² La objetivación del mundo, se aparta de la recepción pura, y el hombre no va a lo original, esto es: a la pregunta que define, sino que queda en su propia sonoridad retumbándole las voces propias.

En Wall Street las cosas necesitan ser hechas por el abogado ya que él las comprende, y

² Op. Cit. p. 241.000o

con ello las insta. Así, constituye en el intelecto al objeto y de la abstracción –de la reflexión racional- se llega a lo concreto: un concepto aplicable a algún caso o situación. Pero lo originario, o lo original no se puede pensar, desde este mundo que calcula dentro de esas paredes: hay que dejar que hable. Con esto, para hacer o recrear una biografía de Bartleby, el abogado se topa con la imposibilidad de no conocer sus datos personales. El narrador cree que es dueño del lenguaje mediante al dominio calculante, pero se encuentra ante la sorpresiva situación de que es el lenguaje que le habla. Ante ese hablar lo que nos resta es escuchar: lo que le dice. De manera que el mecanismo que ejecuta el abogado no es un pensar, diríamos, preparatorio: aquello que no calcula, que medita sobre lo que nos habla: el pensar del abogado no es escuchar lo que no cesa de hablar. El pensamiento preparatorio es ante el misterio que es el que queremos que salga, que cambie, de el modo de representación calculante y razonante, para no terminar en un texto sin fin como es el caso: el misterio Bartleby, no es resuelto. La manera pensante que se cierra, o encierra, en esa oficina del piso X y hace que la totalidad del mundo sea un mundo enmarañado por entes con estructura de causalidad no concluye en una palabra de respuesta; diríamos más bien, que reflota el eco: esa frase que repetirá y que escuchará en ajenos: "Preferiría no hacerlo".

Habría que efectuar otro mecanismo de pensamiento, creo es lo que despierta Bartleby, por ser un personaje sin procedencia, sin su estela de ser, sin su caída, porque el cerramiento en las paredes de la razón de Wall Street deja de lado al Ser que hace ser. Y es la imposibilidad, ese dejar de lado, de encontrarse con la diferencia: si yo digo que "A" es igual a "A", es correcto. De esta manera "A" no puede ser igual a "B". Sería un error. Si "B" es diferente hay que excluirlo, o que entre al sistema en cuestión. La razón no puede hacer de algo que sea igual. Y así nos encontramos ante el solipsismo que es la estructura literaria misma de la razón del abogado, nuestro narrador. El conocimiento estará en relación con lo que igualamos, lo que comparamos. Los valores burocráticos que sostiene el abogado no están hechos para la diferencia, o lo que sería lo mismo, la razón no está hecha para Bartleby. Así, la diferencia gnoseológica centra en que conocer es una adecuación entre el pensar y lo pensado. Esto es, mientras más adecuo, más pienso. Por esto, el conocimiento no trasciende la soledad de solipsismo del narrador, porque el conocimiento es entendido como asimilación. Para la razón burocrática que coloniza, que no soporta la diferencia, comprender será aprehender, que será asir, afirmar. Para el abogado, diríamos, aprender es guardar, acumular. Ese conocimiento acumulado no nos pone en comunidad con lo otro, porque más bien, ese acto de conocer, está basado en el regreso: ese regreso que retrocede del valor en sí, en la idea del *self*. Del *moi-même*, diría el abogado: "(...) la vida más fácil es la mejor. Por eso aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica (...), jamás he tolerado que esas inquietudes conturben mi paz."³

³ Op. Cit. p. 233.

La imagen clásica de conocimiento es la de la iluminación. Es la luz de la razón, que muestra lo que aparece. Muestra que condiciona a la aparición. Es una inmanencia que está en el abogado el hecho de que consigo mismo –y su escala valorativa- encuentra a lo desconocido. La razón conduce a su propia inmanencia y se exterioriza como regreso a sí. El saber de lo propio de un objeto, o de un sujeto, es dicho por quien conozca, y obtiene la posesión nominal. Así, la exterioridad se plantea como un objeto: se dice de cualquier cosa lo que se reflexione. Ante este mundo nos situamos, ya organizado, ya interpretado, hasta que Bartleby llegue a la oficina, al mundo de muros.

La realidad es irreducible a su presentación. La comprensión puede detectar, trascender, siempre que se abandone la necesidad de la certeza la causa de la conducta del misterioso extraño. Vivir la legítima extrañeza, que sería no la de Bartleby sino del narrador en relación a Bartleby, que salte hacia lo que no se conoce para conocer de a saltos. Saltando: partir para no regresar. Es un tránsito conocido que se pierde algo que se deja en la huella transitada, en la cotidiana oficina. Mujica, hablando del salto nos dice: "Salto en su radicalidad, hacia nada con relación a la metafísica y su sujeto, hacia una nada que en la imagen que Heidegger toma de la mística germana, es *abismo*. (...) lo abismal entendido no como el hondo abrazo de las laderas, sino como la suspensión de todo fondo, como lo abierto del Ser."⁴ Como el misterio, diríamos, que abre Bartleby.

Para que nuestro narrador esté en relación con ese misterio, y no con su propia curiosidad tendría que dejar de ser lo que es. Así, su pensar, ya no sería reflexivo y crearía preguntas al misterio: se diferenciaría del pensar que crea de la constatación, de la claudicación de lo abierto.

Para conservar el ser, hay que salir, cazar y volver a alimentarse. Los alimentos que están en permanente juego con Nippers, Ginger Nut, y Turkey, los amanuenses que estaban "en el período anterior al advenimiento de Bartleby".⁵ Pero hay otra dimensión: la humanidad de lo humano. Salir y no volver para ser. El tener y no dar multiplicidad. Deseo de conocer, deseo de trascender. Trascender su propia materialidad, la del abogado. Y ser un sí mismo otra vez, lo mismo de sí. Ese es el conocer como trascender. Y no del conocer como representación que se asimila. El aire que exhala forma palabra y la palabra oración: "preferiría no hacerlo". El misterio es el Soplo, porque es donde sale el aire, y el caos, el origen, donde se abre una boca. Escuchar otra cosa, de la misma cosa para que el enigma sea constante. Un poco como el mito del oráculo que nos encontramos, en dramas griegos, con que no dice nada. O mejor dicho, diciendo todo no dice nada: satura de contenido: dice lo real con frases, enunciados crípticos. Abrirse a lo que no dice nada, al oráculo, es nuestra tarea, la que Bartleby despierta y el abogado exclama por haber estado bajo esa tarea, aunque sea por un instante –el de exclamación- fuera de su mito de progreso bajo: "¡Oh Bartleby!

⁴ Mujica, Hugo *La palabra inicial*, Trotta, Madrid, 1995. p. 59.

⁵ "Bartleby, el escribiente" p. 235

¡Oh humanidad!”⁶.

Es el abogado quien no puede romper, por más compasión que tenga con su misterio. El ser-ahí heideggeriano es un espacio, es el espacio donde se encuentra el conocer del hombre y su nominar: es el ahí del ser. Este espacio nombra sin arrancar lo nombrado, nombra sin aparecer: dejar hablar a las cosas y que el propio discurso se origine del otro, de lo otro. Así, acordarse es estar acorde con. Que el discurso se origine en lo que Bartleby refiera: la incompletitud, el misterio; y no, como hace nuestro narrador que origina una indagación de la causa, de lo fútil que le es al extraño el acto lingüístico entre las personas. El hombre-narrador cree ser el dueño de la palabra, mientras es al revés. El abogado, diríamos, no es un ser que escucha dado que es el lenguaje el que le llega: por eso su eco. Ante el misterio, ¿cómo develarlo? ¿Es posible, acaso? Alcanzar tal verdad necesita de silencio, un silencio que separe ecos, para estar frente al misterio y preguntarle. En Wall Street, nos encontramos no con el valor ético, sino con el valor monetario: los precios. Es una cultura omnipresente y hace que no queden espacios vacíos, porque todo es interpretado. Podríamos decir, que el abogado es un personaje vacío; de ahí la angustia: captar lo angosto que es la existencia, ante un misterio, y la posibilidad de captar otra cosa. Las leyes racionales que tiene en mente el narrador lo deja al hombre en ese no-sentido. Le da, a él, los utensilios. La pregunta empieza con el absurdo para extraer un sentido. Hay un supuesto: supongo un no sentido, hay que comprenderlo, escuchándolo.

Resolución: abrirse. Escuchar el misterio –como a la literatura en sí, o a la música-: exhorta a abrírnos al convencimiento de que se capta pensando pero no representando. El coraje que necesitamos, para ello, es la paciencia. Paciencia que implica un padecer: el hecho soportar la espera, que la espera madure hasta encontrarnos con el milagro de entender. Aquí es cuando nuestro narrador huye. El movimiento de huída, veloz o no, es una categoría primordial para el abogado de Wall Street ya lo fácil está al alcance, quiere lo fácil, y no inquietarse. Y Nietzsche dirá “el desierto avanza”, y Heidegger tomará eso como las zonas industriales y las nuevas metrópolis. Así el hombre vive apátrido: desarraigado. Como ocurre con el abogado cuando se ve extraño, él mismo, en su oficina, ante la característica de local que toma Bartleby. Señala que habita con el cronómetro, con la desesperada rapidez con la que el tiempo pasa: es el no habitar poéticamente: la existencia está existiendo, en la temporalidad misma.

El relajarse es cuando uno se suelta, volver a la pertenencia. Volvemos a una oscuridad misteriosa de la cual pertenece también el abogado, al igual, claro está que Bartleby. El narrador se da cuenta en algún momento que su razón iluminante, la que le permite ver, lo enceguece más. El arraigo del suelo natal, el espesor de lo sagrado. Es el arte lo que combate entre el cielo y la tierra. La tierra que forma. La estatua de mármol, la vibración de la música. Lo oculto. Ese grito

⁶ Op. Cit. p. 275.

final a la humanidad no es para nada un momento de epifanía pero si de verse, él como narrador, y como parte de una humanidad calculante como tierra y misterio. Somos una oscuridad. En este sentido, no habría una respuesta completa que sea indicada ante: ¿cómo actuar ante Bartleby, hay que ayudarlo, alimentarlo?

Nuestra comprensión de nosotros nace de un contacto con nosotros. Un contacto que no se resuelve de nosotros, sino del encuentro, de establecer fines: que plantean otro encuentro. Estos fines, son el habitar creativamente desde la creación, no de la repetición.

La verdad no es preestablecida, es dialógica como podemos apreciar pacientemente en la película *Stalker* de Andreij Tarkovskij donde tres personas que caminan a un lugar que está prohibido estar, dialogan a cerca de la experiencia misteriosa que viven. La zona en la cual entran es de tal manera que no se quiere que vaya nadie. Sin embargo el film muestra que un profesor, un científico y un pensador entran en la zona. Este último es quien guía a los otros dos. Cada uno dentro de sus disciplinas, representa su verdad, su manera de ver, digamos. Pero el mensaje que el espectador recibe es que la verdad está en el aire libre, no dentro de paredes. En su caminar no imparten enseñanza, sino que buscan conocer como método para conocer. Escenificar una búsqueda es la idea del film. El enigma es el sendero que guía al pie a través de lo abierto. Y este caminar en lo abierto es la vía de la meditación de la esencia del pensamiento. Apartado de lo público y de lo propio. En el texto sería apartado de lo mediático y del soliloquio. En ninguno de los dos extremos está la verdad, ni en lo propio ni en lo público: está en el apartamiento, según Bartleby. En el lugar de la creatividad, donde la separación es en perspectiva. El solitario encuentra aquello que lo reúne con todo, yendo a lo uno, hacia donde se dirige Bartleby.

Quizá que a la hora de leer haya, también, que apartarnos de nosotros, apartar lo ya sabido, lo disponible como dato, lo que ya sabemos. Los discursos mantienen apartados a los dialogantes habituados en acallar las diferencias.

Lo único que podemos dar al otro es lo diferente.

La diferencia es el lugar de lo abierto. Encontrar aquello que mutuamente se da. Nos apartamos de lo público de los hombres, y la esencia humana para hallar aquello que nos constituye. Conocer la esencia humana, pensar otra cosa: el pensamiento que adviene no el que poseo bajo un nombre, bajo un relato, bajo un lenguaje.

Bartleby, aquel del cual preferiría no describirlo, trabajó en una oficina de cartas muertas. Receptor epistolar: la seducción de manuscritos. Escritos, cartas, que no llegan sino con un régimen estricto de escritura, y para nada fácil. La escritura está ligada con la disciplina estricta, y con la

pasión que envuelve cada palabra y cada frase a algún receptor. Como lector de cartas se encuentra con el lenguaje, hasta preferir el silencio, hasta no leer más, y como la cucaracha kafkiana, con nobleza, afirma la nada por decir, prefiere el silencio.

El abogado-narrador quiere en el relato abrazar la miseria humana. En una exclamación de queja que es coherente con su método calculador de pensamiento. Sin embargo, ante el misterio la desesperación no ayuda y no es piadosa, no abraza a la humanidad. Es un grito egoísta, de aquel que no pudo salir de sí. ¿Qué sentido tiene explicar un misterio?

Cuando uno convive a una pregunta, se da cuenta que ni hace falta la respuesta.